

DOMINGO XVI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Génesis 18, 1-10a): *Señor mío, no pases de largo junto a tu siervo.*

Salmo (14, 2-3ab.3cd-4ab.5): *«Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda?»*

2ª lectura (Colosenses 1, 24-28): *Llevar a plenitud la Palabra de Dios.*

Evangelio (Lucas 10, 38-42): *Ha escogido la parte mejor.*

La primera lectura de hoy sorprendente para nosotros, personas que vivimos en una cultura occidental y que tenemos dificultades para “escuchar”, aunque “oigamos bien”. Abrahán nos enseña a ser acogedores con personas desconocidas. Se trata de una virtud que ha desaparecido casi por completo en nuestras sociedades que viven en la cultura de la desconfianza al forastero, al migrante, al extranjero, el extraño o diferente es alguien que inspira desconfianza; a veces es alguien a quien debemos temer, incluso alguien a quien podemos o debemos rechazar. Ciertamente, no parece haber ninguna regla vigente que nos diga que se trata de alguien a quien haya que respetar. Ninguna regla que diga “hay que amar”.

Además, Abrahán “escucha” el mensaje de aquellos personajes que vienen en nombre de Dios. ¿Nosotros escucharíamos a alguien que nos trae un mensaje sorpresa, que no esperamos? Más aún, si ese mensaje proviniera de Dios, ¿qué pensaríamos? Abrahán se nos presenta como alguien que “acoge y escucha” a aquellos personajes que entran en su vida, en su casa, para comunicarle que las promesas (el nacimiento de un hijo) se cumplirán.

El contrapersonaje de Abrahán es el de Sara. Su papel es el de la desconfianza. Hace lo que le pide su marido (hospedar a los viajeros); pero no va más allá. No es capaz de “escuchar” el mensaje de aquellos personajes, si bien los “oye” perfectamente. No es lo mismo “oír” (uno de los cinco sentidos), que “escuchar” (que presupone atender y acoger). Sara representa a tantas personas que no han desarrollado esa capacidad.

«Por disposición de Dios, yo he sido constituido ministro de esta Iglesia para predicarles por entero su mensaje». Con estas palabras, san Pablo da cuenta a los cristianos de Colosas la profunda conciencia que tenía de su propia misión. Era algo que no dependía de él, pues la iniciativa la había tomado Dios mismo. No se trata de escudarse tras la decisión de otro, pues Pablo ha asumido por completo esa disposición divina. Tampoco se trata de una prerrogativa que lo pone por encima de los demás, pues sabe de sobra que se trata de un “ministerio”, es decir, de un servicio que debe prestar a esa comunidad convocada por Dios.

Pablo ha sido llamado por Dios para servir, y ha aceptado de muy buena gana y con total libertad esa misión, y, puesto que la ha aceptado, sabe que debe llevarla a cabo bien, por lo cual debe predicar el mensaje “por entero”, sin añadiduras y sin descuentos. El anuncio que hace Pablo a los cristianos colosenses es **«el designio de Dios, oculto por muchos siglos y ahora revelado al pueblo santo».**

¡Es de esperar algo inaudito, sorprendente, maravilloso! Un designio divino que acaba de ser revelado y del que Pablo es portavoz. Esperaríamos una noticia de primera plana, a ocho columnas, la noticia del día. ¿qué digo? ¡La noticia del siglo! Una noticia que atañe no solo al pueblo de Israel, ni solo a los cristianos que leen la carta, sino que atañe al mundo entero. ¿Se dan cuenta, hermanos, de qué noticia se trata? Es posible que, en la escucha del texto de la carta que hoy hemos proclamado, esa gran noticia haya quedado diluida entre las demás palabras que escuchamos: **«Cristo vive en nosotros y es la esperanza de la gloria».**

Casi siempre, los viajeros tienen historias que contar. También las tienen los extranjeros y los migrantes, también las tienen los extraños y los peregrinos, y, por supuesto, las tiene Dios, que se hace samaritano, que se hace viajero, que se hace nuestro y diferente al mismo tiempo.

María podía haberse acomodado a la costumbre y, en la casa desempeñar el papel esperado y habitual de: **¡mujeres, a la cocina!** Era preciso acoger, pero María no es la perezosa que prefiere sentarse en vez de trabajar. María es la valiente que rompe los convencionalismos poniéndose a los pies de Jesús a escucharle. Qué escucha: ¿rumores, anécdotas, chascarrillos? No. Escucha las palabras de Jesús. Si leemos la Palabra de Dios desde su interior, desde el ser y sentir del pueblo judío, sabemos que es más que un simple detalle: el creyente se distingue por ser “escuchante”. El ejemplo a seguir, para todos los que se toman en serio la fe, es el de “*María-que escucha la palabra*”.

No es cuestión de poner ejemplos contrapuestos. Marta lo hace bien: se preocupa de que todo esté a punto. Pero falla en algo. Está agobiada y tiene el corazón “cerrado”. No hay que hacer una lectura maniquea de una hermana contra otra; que una sea la buena y otra la mala. Menos aún que los “*espirituales*” son más perfectos que los “*pragmáticos*”. Ahora bien, Marta, en su exceso de generosidad, no había dejado tiempo ni espacio para la escucha de la palabra de Jesús.

Podemos dar un paso más. La fe nace de la escucha atenta de la Palabra de Dios, de la Palabra de Jesús, que se acoge y se recibe con humildad y atención, y que transforma nuestro ser totalmente. Sin duda que podemos llegar a grandes metas en nuestra actividad, pero la fe, no lo olvidemos, nace de la “*escucha que acoge*”.